

adopte para hacerla llegar á oídos de los soberanos, si su espíritu rehusa escucharla, es como ruido inútil é importuno hecho en una puerta que no quiere abrirse.

Visto es cómo el movimiento de las cosas acababa de dar por tierra en menos de tres años con los dos ministros de la política más importantes, el de Estado y el de la Policía, Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché. Aunque desempeñado el ministerio de Estado por Mr. de Cadore con modestia, discreción y cordura, parecía vacante desde que Mr. de Talleyrand lo dejó. Un personaje culto y de exterior muy aventajado, Mr. de Bassano, adicto al emperador, deseoso de prestarle buenos servicios, bien que procurando granjearse su confianza con ser en todo de su modo de pensar, y si cabe esforzándolo más que él mismo, que á la manera que Mr. de Talleyrand daba en su casa el tono de la burla, él en la suya daba el del entusiasmo, aspiraba al ministerio de Estado, y para facilitarse las vías hubiera deseado empujar al ministerio de Policía á un amigo personal suyo. Este era Mr. de Semonville, espíritu cínico, osado en las palabras, flexible en las obras, y que de ministro de Policía tenía las doctrinas poco escrupulosas, mas no el aplomo, el tacto, la vigilancia y el arrojo. A la caída de Mr. Fouché había contribuido Mr. de Bassano, haciéndose eco de más de un rumor en su contra, y preparaba la subida de Mr. de Semonville, encomiando exageradamente algunos servicios secundarios hechos por este personaje en la negociación del matrimonio. Pero si en Napoleón, como en todos los hombres superiores, había algún acceso fácil á la medianía complaciente, no era llano influir con pequeños artificios sobre su espíritu poderoso, y menos cuando se trataba de una elección tan importante á su ver como la de un ministro de Policía. Así, mientras Mr. de Bassano envió á Saint-Cloud á Mr. de Semonville para que estuviera á mano en el caso de que Napoleón se dejara vencer, oyóse muchas veces y con precipitación llamar al duque de Rovigo para que fuera al gabinete del emperador en el instante. Llenas estaban las antecámaras de curiosos llegados á Saint-Cloud con la esperanza de asistir á alguna revolución en los altos empleos. Al cabo de breve rato, llegó en fin el duque de Rovigo, y supo con grande sorpresa lo que por Napoleón le fué anunciado. «¡Ea!, le dijo sin preparación alguna, sois ministro de Policía, prestad juramento é id á poner manos á la obra.» El nuevo ministro tartamudeó algunas excusas modestas de que Napoleón no hizo caso; prestó juramento y cruzó en seguida los aposentos imperiales, donde circulaba la nueva de que el duque de Rovigo era ministro de Policía y haber caído en desgracia el duque de Otranto, nueva que produjo muy mal efecto, así por el que salía del ministerio como por el que entraba en aquel instante. Después de haber sido Mr. Fouché tiempos antes de gran provecho por su conocimiento de los hombres, por su indulgencia hacia los partidos, por su destreza en calmarlos y corromperlos, disminuyó mucho sin duda el mérito de sus servicios con su actividad indiscreta; pero el público echaba de menos instintivamente, viéndole caído, al hombre que había aconsejado á Napoleón en sus mejores años; sentía respecto de Mr. Fouché la pena que experimentó antes por Mr. de Talleyrand y aun por Josefina, y dolíase de que desaparecieran así los testigos y los actores de un tiempo que había sido

excelente y cuya renovación se podía temer que ya no se efectuara en lo venidero.

Aun desgraciado á Mr. Fouché quiso Napoleón indemnizarle de algún modo, y nombróle gobernador de los Estados romanos, donde efectivamente podía usar muy bien de su tacto y de su experiencia de las revoluciones. Dos cartas hizo preceder á esta providencia, una pública y consoladora, otra secreta y más severa. Aquí se transcribe la segunda como más conforme á la verdad de las cosas.

«Saint-Cloud, 3 de junio de 1810.

»Señor duque de Otranto: He recibido vuestra carta del 2 de junio. Conozco cuantos servicios me habéis prestado, y creo en vuestra adhesión á mi persona y en vuestro celo por mi servicio: con todo, sin faltarme á mí mismo, no es posible que os conserve vuestra cartera. El puesto de ministro de Policía exige una entera y absoluta confianza, y esta confianza no puede existir ya, puesto que en circunstancias importantes comprometisteis mi tranquilidad y la del Estado, cosa que no excusa á mis ojos ni la legitimidad de los motivos.

»Con Inglaterra se ha abierto una negociación, y con lord Wellesley han tenido lugar conferencias. Este ministro ha sabido que se hablaba de vuestra parte, y también ha debido creer que de la mía; de aquí un trastorno total en mis relaciones políticas, y si lo aguantara, caería sobre mi carácter una mancha con que no puedo ni quiero avenirme.

»El modo singular con que habéis considerado los deberes del ministro de Policía no está acorde con el bien del Estado. Aunque ni de vuestra adhesión, ni de vuestra fidelidad desconfo, estoy obligado á una vigilancia perpetua que me fatiga y á que no puedo sujetarme; vigilancia indispensable por la infinidad de cosas que hacéis por vos y ante vos, ignorando si cumplen á mi voluntad, á mis proyectos, ó si contrarían mi política general.

»He querido enteraros directamente de lo que me induce á quitaros la cartera de Policía. No puedo esperar que variéis de proceder, puesto que no han bastado á conseguirlo muchos años hace ejemplos de bulto y testimonios repetidos de mi desagrado, y que, satisfecho de la pureza de vuestras intenciones, no habéis querido comprender que se podía hacer mucho malo con el designio de hacer mucho bueno.

»Por lo demás, en vuestros talentos y vuestra fidelidad tengo confianza completa, y deseo hallar ocasiones de probároslo y de utilizar tales dotes en mi servicio.»

Al salir Mr. Fouché del ministerio cuidó de quemar todos los papeles, con la maliciosa idea de no dejar á su sucesor ninguno de los hilos de la trama harto sutil de la policía. Entrado de súbito el duque de Rovigo en tal departamento sin conocer sus vueltas y revueltas, ni menos sus agentes secretos, por no habérselos Mr. Fouché indicado, sorprendióse de pronto y aún se asustó casi de su situación nueva; mas no tardó en tranquilizarse y en discernir lo que al primer golpe de vista le pareció intrincado y confuso. Poco á poco vió tornar á su lado esos agentes misteriosos, de cuyos informes necesita un ministro de Policía, menos útiles de

lo que en general se presume, útiles sin embargo, pues sirven no en proporción de su capacidad propia, sino de la del ministro que los emplea; especie de animales tímidos y hambrientos, como todos los que viven entre sombras, fugitivos al menor susto, repuestos pronto y atraídos por el hambre á la mano que se cuida de alimentarlos. Éstos pusieron de seguida al duque de Rovigo al corriente de los ardides, pueriles más á menudo que peligrosos, á que es preciso atender sin que ocupen mucho la mente, y así este ministro estuvo casi instantáneamente muy al cabo de sus funciones. Hasta empezó á infundir algo menos de miedo, sin que á vueltas de todo adquiriera nunca la autoridad de Mr. Fouché, cuyos penetrantes ojos creía tener cada cual fijos en su persona.

De todas las tramas de que el duque de Rovigo debía buscar el secreto, ninguna inspiraba á Napoleón tanta curiosidad como la de penetrar en el fondo de la negociación proseguida sin su noticia. Absolutamente quería saber el papel que Mr. Fouché, Mr. Ouvrard y Mr. de Labouchere habían representado en esta intriga diplomática. Mr. Ouvrard, rigurosamente incomunicado, fué interrogado muy á menudo; Mr. de Labouchere recibió orden de ir á París con todos los papeles que aún tuviera en su poder; confrontándolos y viéndolos acordes con los hallados á Mr. Ouvrard y dirigiendo á Mr. de Labouchere las necesarias preguntas se logró brevemente descubrir la verdad tal como la dejamos expuesta; reconocióse que Mr. de Labouchere se había portado con discreción, sinceridad y decoro; que se mezcló en estas aberturas creyendo obedecer á la voluntad del gobierno; que hasta por una especie de reserva, muy de su genio, no había ido tan allá como se le decía, y que casi siempre se había limitado á transmitir las notas enviadas por Mr. Ouvrard; que éste por entrar en relaciones con el gobierno y Mr. Fouché por conseguir la paz habían anudado una negociación casi abandonada y excedido las primeras instrucciones de Napoleón con mucho, presentándole como dispuesto á sacrificar lo mismo de que no quería desistir á ningún precio. Lo que ofendió particularmente á Napoleón más que todo, fué la idea inspirada quizá á Inglaterra de que la quería engañar con dobles ardides, sobre todo de que se prestara á transigir en punto á los reinos dados á sus hermanos y con especialidad al de España. Queriendo conocer toda la extensión del mal, hacía que se investigaran de continuo todos los arcanos de este negocio. Una nueva circunstancia contribuyó á alarmarle sobre manera, y le decidió á convertir la desgracia medio encubierta de Mr. Fouché en pública y ruidosa. Descubrióse que, fuera de las comunicaciones establecidas por Mr. de Labouchere, hubo otras muy anteriores que suponían mucha mayor audacia, pues no se trataba de una negociación reanudada y seguida algo más allá de sus términos regulares, sino de una negociación espontánea entablada por Mr. Fouché y sin el empuje de un asunto ya comenzado. Con efecto, según ya dijimos, por el mes de noviembre había elegido Mr. Fouché un mediador llamado Fagán, antiguo oficial irlandés, muy bien emparentado en Inglaterra y amigo de lord Yarmouth, que le puso en relaciones con el marqués de Wellesley. Había fundamento para creer que en aquella ocasión mediaran algunas comunicacio-

nes escritas: esta última circunstancia llamó la atención de Napoleón vivamente, dióle en qué pensar mucho y expidió prontas órdenes á Mr. Fouché para que le entregase todos los papeles que existieran aún en sus manos, haciéndole entrever las consecuencias más graves si dejaba de presentar alguno de los documentos pedidos.

Realmente el enviado á que se alude trajo de Londres papeles poco numerosos y poco importantes: Mr. Fouché los había quemado por no ser de interés alguno y porque además aconsejaba la prudencia destruir hasta los vestigios más insignificantes de iniciativa tan temeraria. Mr. Fouché, á quien se fué á buscar de repente á su posesión de Ferrieres, declaró que había tenido que quemar muy poco, y que de todas maneras no había dejado de quemar nada. Sabiéndolo Napoleón, se entregó á los más violentos arrebatos de ira por temor de que el tenaz disimulo de Mr. Fouché envolviera terribles misterios: quitó á éste el gobierno de Roma, y le desterró á su senaduría, que era Aix en Provenza (1).

Por lo demás, era facilísimo aclarar las alarmantes dudas concebidas, pues hallábase en París el agente causa de tantas inquietudes. Mandósele comparecer y respondió sencilla é ingenuamente á todos los puntos, declarando haber visto al marqués de Wellesley y aun entregado el único documento que recibió suyo. No era más ni menos que una nota de seis líneas, reducida á repetir el tema ordinario de los ministros ingleses en la tribuna; que estaban resueltos á entrar en tratos siempre que se abriera una negociación sincera, grave y en que se comprendiera á todos los aliados de Inglaterra y con especialidad á la España.

Bien examinado cuanto subsistía de este gran negocio, limitábase no más que al extraño atrevimiento de Mr. Fouché, sin nada grave de suyo relativamente á las consecuencias posibles y probables. Substancialmente el peligro no estaba en que se creyera á Napoleón en Londres demasiado acomodadizo; si peligro había estribaba más bien en que se le creyera muy exigente y en que se abusase quizá de las proposiciones pueriles de obrar en común contra la América del Norte, al tiempo en que ésta fluctuaba al parecer entre Francia y la In-

(1) Pocos asuntos hay sobre que los autores de memorias hayan forjado más fábulas que sobre éste. Se ha supuesto con especialidad que Mr. Fouché cayó en desgracia por haberse negado á hacer entrega de las cartas de Napoleón y cartas de gran compromiso. Nada más inexacto: las cartas de Napoleón á Mr. Fouché eran poco numerosas y de no mayor compromiso que las que escribía á todos sus agentes, y en las cuales, abandonándose á sus ímpetus naturales, decía á menudo *mandaré cortar la cabeza á Fulano ó Mengano*, sin pensar en tal cosa. Además le importaba poco lo que había escrito, y no le movía á sonrojo, teniendo tan poca aprensión de lo que había hecho, aun de la muerte del duque de Enghien. La verdad es que se le acaloró mucho el espíritu sobre la ida de Mr. Fagán á Londres y creyó que se le hubiera comprometido más de lo que se le comprometió realmente. Sus órdenes y su correspondencia prueban que la segunda y más ruidosa desgracia de Mr. Fouché provino de la negativa á hacerle entrega de los documentos relativos á la misión de Mr. Fagán y que ya no tenía. Pero el público, aficionado á los misterios y sobre todo si son siniestros, creyó, y muchos escritores tan pueriles como el público repitieron, que había de por medio cartas espantosas, cuya restitución exigía Napoleón, y el negárselas Mr. Fouché dió margen al nuevo estallido de su ira. No hubo nada de esto, ni en todas las suposiciones dichas hay más que lo que acaba de ser referido. (N. del A.)

glattera. Entonces no suponía Napoleón que este último efecto fuera el único algo grave que se debiera temer de una intriga más ridícula que peligrosa. Iluminado muy luego sobre tan extravagante aventura, y avalorando la escasa extensión del daño, se calmó sin rehabilitar á Mr. Fouché, que siguió privado de todo empleo y desterrado en su senaduría. Temiendo, no obstante, que se le acusara de sacrificar ligeramente á sus antiguos servidores, hizo juntar los documentos de este negocio, y quiso que fueran comunicados á algunos ministros y grandes dignatarios, testigos de las explosiones de su cólera contra el duque de Otranto. «Es menester que se vea, dijo, que cuando castigo á mis antiguos servidores no es gratuitamente y sin causas.»

De esta tentativa de negociación, resulta evidentemente que sin el sacrificio de España, que Napoleón no se prestaba á hacer en manera alguna, la paz era imposible, y que no había más que proseguir la guerra con brío y estrechar el bloqueo continental hasta donde fuera dado, por lo cual merecía doble atención la Holanda, cuya concurrencia al bloqueo era indispensable.

Si el rey Luis hubiera tenido un espíritu dócil y sensato, tomara su partido según lo que acababa de sucederle, y puesto que se había resignado, por salvar la independencia de Holanda, á sacrificar una parte de su territorio, tratara de transmitir su resignación al corazón de sus súbditos. Substancialmente los holandeses más sensatos no deseaban otra cosa. Convencidos estaban de que hallándose debajo del poder de Napoleón, no había más recurso que pensar en satisfacerle; y de que en suma Napoleón no era enemigo de ellos, sino aliado exigente, que les imponía crueles condiciones calculadas en interés común. Por desgracia, Luis tenía el corazón ulcerado, y si un momento le dulcificaron en París las pláticas de su familia, vuelto á Amsterdam se le despertaron de nuevo los sentimientos de desconfianza y de irritación que rebotaban comunmente en su alma, sentimientos más exacerbados por los sacrificios que se le habían arrancado. Al volver á su capital le parecía como si leyese en el rostro de todos sus súbditos la ignominia de haber abandonado las mejores provincias de su reino, y para no quedarse en zaga, apresuró á acreditar más ira que todos. Allí se presentó seguido á la reina, que aparecía no menos violentada, y ni mostró á sus súbditos, fijos atentamente y con inquieta curiosidad en su semblante, más que una frente abrumada de tedio, ni usó otro lenguaje que el de un oprimido que pensaba mucho más de lo que decía. No era éste el medio de agrandar en París, ni de originar en Amsterdam la resignación capaz de precaver estrépitos de mayor monta. Desdichadamente los actos del rey fueron más imprudentes que su actitud y su lenguaje.

Empezó por escribir cartas las más afectuosas á los dos ministros á quienes sacrificó en París tan fácilmente, MM. Mollerus y Krayenhoff; por dar títulos nobiliarios á los personajes que acababan de perder la categoría de mariscales, compensación quizá conveniente, pero contraria á la política á que había prometido atenerse; por destituir al burgomaestre Vander-Poel, que no se había querido prestar al armamento de la ciudad de Amsterdam. Para remate de todo añadió á estos actos otro más grave. Habiendo tomado aversión á Mr. de Larochefoucauld, embajador de Francia, á quien mira-

ba como un incómodo vigilante colocado cerca de él para inspeccionar su conducta, quiso aprovechar la ocasión de hallarse este embajador ausente, para recibir al cuerpo diplomático y hallarse tan sólo en presencia del simple encargado de negocios Mr. Serurier. Este era un hombre prudente y reservado, que se limitaba á ejecutar puntualmente, pero con miramientos, las órdenes de su corte, y merecía que se le tratara urbanamente por lo menos. Delante de él pasó el rey sin dirigirle una frase ni una mirada, y á su lado colmó de agasajos al embajador de la Rusia. Semejante escena fué muy notada, produjo en Amsterdam ansiedad suma y hubo de ser comunicada á París por el agente francés, que no podía callar á su gobierno hechos que llamaban la atención general como éste.

A tales dificultades, emanadas del carácter personal del rey, se agregaron en breve otras nacidas de la misma naturaleza de las cosas. El último tratado imponía los más duros sacrificios á los holandeses: ante todo debían entregar los cargamentos americanos introducidos en Holanda bajo el pabellón de los Estados Unidos y secuestrados por exigencia del gobierno francés, y es el caso que la mayor parte eran propiedad de casas holandesas, que hacían por su cuenta el contrabando, ó propiedad de casas inglesas asociadas á negociantes holandeses. Todas esas casas oponían resistencia, alegando que, entre aquellos cargamentos, unos se componían de mercancías holandesas traídas bajo el pabellón americano de las colonias de Holanda; otros formados realmente de mercancías sacadas de América por conducto de los americanos. En lugar de estos cargamentos probó el rey á entregar presas hechas por nuestros corsarios y por tanto de su pertenencia. Y á todo esto la entrega de los cargamentos americanos era el artículo del tratado en que Napoleón hacía más incapié, ya para enriquecer el tesoro extraordinario á costa de los defraudadores. Sobre este asunto cruzáronse comunicaciones muy vivas y acres.

No era menos difícil el establecimiento de las aduanas francesas á lo largo de las costas de Holanda. De Boloña, Dunkerque, Amberes, Cleves, Colonia, Maguncia habían llegado legiones de aduaneros franceses, ignorantes de la lengua de Holanda, acostumbados á un rigor de vigilancia excesiva y dados á poner en el ejercicio de sus funciones un punto de honor militar que les hacía ásperos y poco corruptibles. Para los gobiernos que tienen fronteras que defender esta es la mejor clase de aduaneros, al par que la peor para los comerciantes. Tanto en sus puertos como en sus costas habían de sufrir los holandeses la presencia de estos agentes extranjeros y su minuciosa visita, inaguantable para un pueblo casi exclusivamente navegante y habituado en todos tiempos á una gran libertad de comercio. Y aún, si hubieran tenido que sufrirlos únicamente en la frontera exterior, fuera la molestia menos penosa, aunque siempre grande; pero la configuración del país hacía necesaria su presencia en el mismo seno de Holanda. Con efecto, no solamente la cruzan en todas direcciones multitud de ríos y de canales, sino que la penetra en cierto modo un vasto mar, que se denomina Zuyderzée, y pone en relaciones todas las partes del territorio por medio de una comunicación tan cómoda como activa. Si este mar, al cual se entra por los pasos del

Hélder y por algunos otros más elevados al Norte, no hubiera tenido más que una salida, guardándola, fuera posible dejar dentro una completa libertad de comunicaciones marítimas y fluviales; pero como no era así, hubo que erizar lo interior del Zuyderzée de aduanas, y Frisia, Over-Issel, Güeldres, no podían llevar sus géneros al Norte de Holanda ni traer los productos exóticos sino por entre la más intolerable vigilancia. Hacer descargar, por ejemplo, hasta los bateles de turba para asegurarse de que no llevaban contrabando, era impracticable ó irritante. Añádase que, para dar la fuerza de una sanción penal á estas providencias, había sido menester formar comisiones de aduaneros y militares franceses que juzgaran sumariamente y en cada punto los delitos y los delincuentes. A esta usurpación de su soberanía, no había el rey Luis asentido, y dispuso que se restituyera la libertad á todos los presos por delito de contrabando.

Fuera de estas dificultades, la ocupación militar presentaba otra más grave que todas y que crecía según avanzaban hacia Amsterdam los puestos franceses. En Utrecht tenía su cuartel general el mariscal Oudinot, jefe de las fuerzas combinadas que debían guardar las avenidas de la Holanda: puestos había establecido desde Utrecht hasta las bocas del Meuse, y remontando las costas del Norte de Holanda, desde las bocas del Meuse hasta la altura del Haya; pero había que remontarse más aún para cerrar el Zuyderzée y la entrada de Amsterdam á los pabellones contrabandistas; y esto no lo quería aguantar el rey Luis por inspiración propia ó de los parciales secretos de una revuelta. Resignábase á que las tropas francesas fueran á Utrecht y hasta al Haya, porque aun así era posible en rigor una defensa desesperada, inundando el resto del país y llamando en ayuda á las flotas inglesas.

Con efecto, la riquísima península del Norte de Holanda hubiera quedado completamente dominada por las aguas, elevándose desde las esclusas de Katwyck hasta el Texel, entre el Océano por una parte, el mar de Harlem y el Zuyderzée por otra, cubierta de verdes pastos, de floridos verjeles, de opulentas ciudades, como Leyden y Amsterdam. Cortando esta vasta lengua de tierra en Leyden, cubriendo de agua sus avenidas, cabía hacerse allí invencible y disputar á Napoleón la independencia báltava por largo tiempo, como se había disputado dos siglos antes á Luis XIV. Mas para que esto fuera posible, había necesidad de impedir que se remontaran más allá de Leyden las tropas francesas.

Otra razón asistía al rey Luis para obrar de este modo, y era la de no sufrir en medio de la capital de su reino la presencia de soldados extraños y no tener visos de un rey prefecto. Así no cesó de insistir con el mariscal Oudinot á fin de que no pasasen más arriba de Leyden las tropas francesas, alegando que su honor y su dignidad no le consentían soportar en su residencia real tropas que, aunque amigas, eran extrañas. Al cabo, presentándose una vanguardia delante de Harlem, cerróse la entrada de esta ciudad á los franceses, y el águila imperial tuvo que retroceder de resultas.

A todos estos hechos, más ó menos contrarios al tratado, se añadía la no ejecución de un artículo en que Napoleón ponía empeño imponderable, y era el armamento de la flota del Texel. Algunos buques se habían

juntado á las órdenes del almirante Winter, pero apenas contaban doscientos hombres de tripulación en vez de tener de setecientos á ochocientos; y esta condición, la de más fácil observancia, la más adecuada á calmar á Napoleón, la más útil para cualquier partido que se tomase, incluso el de la resistencia, no se llevó á cabo por falta de recursos. Cuantos venían del Texel contaban que los armamentos allí anunciados eran irrisorios.

Conocidas eran del público estas numerosas disputas, envenenadas por los que preferían el arbitrio de echarse en brazos de los ingleses, deploradas por los espíritus sensatos que preveían sus inmediatas consecuencias, y consideradas por la afligida muchedumbre como otras tantas pruebas de la tiranía insoportable que se quería ejercer sobre ella. Fogoso Luis como el último de los jornaleros, que se reunían cotidianamente en los vacíos y desiertos muelles de Amsterdam, en lugar de calmar los ánimos los excitaba con su actitud y su lenguaje; decía muy alto que no sufriría la ocupación militar de la capital, y así contraía compromisos de amor propio de que era difícilísimo que retrocediera. Hasta desesperaba de los holandeses cuerdos que temían ver la desaparición de su patria en medio de semejante conflicto.

A punto habían llegado las cosas que podía producir una explosión la más mínima circunstancia. Efectivamente, hallándose en la plaza pública cierto domingo un criado de la embajada de Francia con librea, fué reconocido, maltratado de palabra, apaleado luego, y á duras penas pudo ser arrancado de manos de la amotinada plebe.

En cualquier otro tiempo fuera de escasa importancia un incidente de esta clase, pero á la sazón debía producir inevitablemente una crisis. Aun cuando los hechos citados fueran transmitidos sin exageración alguna por el mariscal Oudinot y Mr. Serurier, no pudo contenerse Napoleón al saberlos. Su encargado de negocios casi ofendido, sus águilas rechazadas de Harlem, la librea de su embajador ultrajada parecíanle afrentas intolerables, y más siendo mal ejecutadas las condiciones del tratado, ó no siéndolo de ningún modo. Así dispuso que á Mr. Verhuel, representante de Holanda en París, se le expidieran sus pasaportes, y aunque le estimaba sobre manera, estrechóle á hacer uso de ellos en el instante. A Mr. de Larochefoucauld vedóle tornar á su puesto y á Mr. Serurier presentarse en la corte del rey Luis. Además exigió que se le entregaran sin demora los culpables de la ofensa hecha á la librea del embajador; quiso que el burgomaestre de Amsterdam fuera muy luego reinstalado en su destino; que se abrieran á las tropas francesas, no solamente las puertas de Harlem, sino las de Amsterdam; que el mariscal Oudinot entrara en estas ciudades á tambor batiente y las banderas desplegadas; que sin excepción alguna fueran entregados los cargamentos americanos; que se recibiera á los aduaneros franceses en todas partes, y que se dieran explicaciones sobre el aumento de la flota prometida para el día 1.º de julio. Por último, anunció que si quedaba por ejecutar una sola de las condiciones del tratado, iba á poner término á lo que llamaba ridícula comedia, y tomar posesión de Holanda, cual lo había hecho de Toscana y de los Estados romanos. A la amenaza añadió actos muy significativos, mandando que las tropas de la división de Molitor, que estaban

en Embden, entraran en Holanda por el Norte, por el Sur las que se hallaban en el Brabante y que fueran á reforzar al mariscal Oudinot unas y otras.

Estas noticias fulminantes, tan fáciles de prever, llegaron con poca intermisión á Amsterdam, donde fueron interpretadas de la manera más alarmante por el almirante Verhuel, que había dejado á París á consecuencia de la intimación que se le hizo y que conocía las intenciones de Napoleón perfectamente. Por esto dió á entender á los hombres que se hallaban al frente de los negocios que no había que titubear y que era forzoso abrazar el partido de la resistencia, que verosímilmente sería desastroso, ó el de la sumisión absoluta, como el único adecuado para conjurar el peligro. El rey Luis recurrió á una gran consulta, llamando, no sólo á sus ministros actuales, sino á los pasados y á los más insignes varones del ejército y de la marina. Con excepción de algunos insensatos desprovistos de toda razón y de algunos interesados adictos á Inglaterra por muy tristes causas, todos los hombres amantes de su país se pronunciaron en el propio sentido. Aun detestando el yugo de Napoleón, consideraron que el de Inglaterra, por el cual se verían obligados á optar inevitablemente, sería mucho más tremendo. Fuera de que habría que sacrificarse en los mares por la causa de Inglaterra, que no era la de Holanda, no se podría probablemente disputar á Napoleón más que una parte del territorio, siéndole abandonada por fuerza la mayor después de terribles destrozos y no salvándose la más pequeña de sus manos sino anegándola y entregando á los ingleses los astilleros, los arsenales y las escuadras. No había hombre que conservara algún seso y algún patriotismo que se pudiera pronunciar por resolución semejante, á excepción de dos ó tres fanáticos extrañados por ciegos odios. De consiguiente los hombres cuerdos, casi en su totalidad, revelaron, tanto en su semblante como en sus discursos, que la resistencia les parecía imposible al par que culpable; de suerte que el rey Luis se vió abandonado muy luego por los mismos á quienes quería sacrificarse. Por otra parte, si el pueblo que nos atribuía su miseria, si algunas familias ilustres enlazadas por interés y por sentimiento á Inglaterra, habían contribuído á formar una opinión pública esencialmente contraria á los franceses, la clase media, adicta á ellos en otro tiempo á causa de sus inclinaciones políticas, segregada ya por efecto de sus sufrimientos mercantiles, empezaba á descubrir el peligro que amenazaba á Holanda; veía que, de seguir así, habría que arrojarla arruinada y destrozada á los pies de la aristocracia inglesa, y se declaraba á su vez contra las imprudencias del gobierno.

Como el rey Luis se había comprometido con sus declaraciones públicas á no sufrir dentro de Amsterdam á los franceses, y al par se hallaba abandonado por los mismos súbditos de cuyas pasiones se había identificado muy calurosamente, no sabía qué partido abrazar, y padecía en su espíritu extravíos y turbaciones.

En tal cruel situación, tuvo todavía como otras veces el pensamiento de someterse á la voluntad de su hermano, bien que pasajera y de costumbre, y de renunciar á una lucha imposible con evidencia. Llamó cerca de sí á Mr. Serurier, encargado de negocios de Francia, á quien había recibido tan mal pocos días

antes, y esta vez le hizo la mejor acogida; le pidió consejos, ofreciéndole seguirlos con puntualidad rigurosa; ofreció someter á los tribunales á los que insultaron la librea del embajador; reinstalar al burgomaestre de Amsterdam, poco empeñado á la verdad en volver al ejercicio de sus funciones; entregar los cargamentos americanos, sufrir los aduaneros franceses, acelerar el armamento de la escuadra, todo bajo una condición sola, y era la de que no se le obligara á recibir en su capital á los franceses, lo cual decía ser para él una humillación á que no se podía resignar de ningún modo. Tanto había repetido este príncipe sin ventura que no toleraría que en su residencia hubiera tropas extrañas, que no creía poder retroceder de este compromiso sin cubrirse de oprobio. Conviene añadir que, en su profunda é incurable desconfianza, entendía que Napoleón había resuelto desposeerle, y que una vez admitidos los franceses en Amsterdam, sería destronado muy pronto, sin tener el triste honor de abdicar siquiera. Insistió, pues, en obtener un plazo para la entrada de las tropas francesas. Pero las ordenes de Napoleón eran tan terminantes que ni el mariscal Oudinot ni Mr. Serurier osaron aplazar una providencia tan imperiosamente prescrita. Mr. Serurier instó al rey para que no se alarmara por la presencia de los soldados franceses, compatriotas suyos, que le habían elevado al trono, que respetarían siempre en él al hermano del emperador y que además tenían órdenes de proceder como convenía respecto de un monarca amigo, aliado y muy cercano deudo. Más no podía modificar las instrucciones militares que el mariscal había recibido, y se vió obligado á dejar que se aproximaran las tropas francesas, saliendo del trance con transmitir á París lo que pasaba en Amsterdam.

Colocado entre los holandeses, que no querían una resistencia ruinoso para su país, y los soldados franceses, que avanzaban á Amsterdam de continuo, no viendo otro arbitrio para salvar su dignidad que el de renunciar su trono, resolvió el rey descender voluntariamente sus gradas, único modo de dejarle que le pareció no deshonoroso. Reuniendo á sus ministros, les anunció su resolución con gran secreto; díjoles que iba á abdicar en favor de su hijo y á fiar la regencia á la reina; que una mujer, una madre, querida por Napoleón, resignada á hacer cuanto exigiera, le desarmaría por su debilidad misma y podría ceder á todas sus voluntades sin deshonra. Sus ministros oyeron silenciosamente tales declaraciones; le expresaron algún pesar de verse privados de un rey adicto á la Holanda, pero no insistieron en disuadirle, comprendiendo perfectamente que al punto á que habían llegado las cosas, el trono de un niño, bajo la tutela de una mujer, era la última forma bajo la cual se podía hacer ensayo de prolongar todavía la independencia de Holanda. Al tenor de las vivas instancias del rey prometieron guardar el más impenetrable secreto, á fin de que tuviera tiempo de abdicar y de retirarse en libertad adonde le pluguiera. Esta precaución, inspirada por la habitual desconfianza de Luis, era superflua, porque ni Mr. Serurier ni el mariscal Oudinot podían impedir que abdicara, ni hubieran pensado en poner las manos en su persona.

A los preparativos de esta abdicación se dedicaron cuarenta y ocho horas solamente, y de ella no supieron

nada ni el encargado de negocios de Francia ni el general en jefe. Convínose en que el rey partiría sin comitiva y con disfraz que impidiera reconocerle; en que al punto sería llevada el acta de abdicación al cuerpo legislativo; en que los ministros, formando consejo de regencia, gobernarían en nombre del rey niño hasta la llegada de la reina, que sólo había estado muy pocos días en Holanda, y en que sería llamada á Amsterdam esta princesa para que se encargara de la regencia y de la educación del heredero del trono. Todos estos actos fueron firmados la noche del 2 al 3 de julio de 1810, y tan luego como el rey Luis los hubo firmado, subiendo á un carruaje se puso en camino, sin que sus ministros, enterados de todo, supieran el retiro adonde tenía proyecto de encerrarse. En la mañana del 3 de julio supieron al propio tiempo esta extrema resolución del hermano de Napoleón la ciudad de Amsterdam con inquietud y con sorpresa, la embajada y el ejército de Francia con profundo asombro.

Acto continuo fueron los ministros á cumplimentar al rey niño, fiado momentáneamente á la solicitud de un ayo respetable. Desde allí se dirigieron al cuerpo legislativo para comunicarle el suceso ya consumado. Aquella tarde llegó á las puertas de Amsterdam el ejército francés y salió á recibirle el antiguo burgomaestre Vander-Poel, ya reinstalado, y las autoridades militares holandesas: casi fué acogido amistosamente y la plebe no dió señales de resistencia. Sintiendo la multitud de los habitantes haber perdido un príncipe que se había sacrificado por sus intereses sin mucha prudencia, creyó que ya era forzoso cifrar en Napoleón toda la esperanza, y buscar en la incorporación al más vasto imperio del universo la compensación de la independencia recién perdida, y de los daños que iba á traer consigo el sistema continental rigurosamente ejecutado. Con cierta especie de calma y con curiosidad atenta se esperaron las resoluciones que se providenciaran en París por consecuencia de lo acaecido.

Un empleado de la legación francesa, despachado por Mr. Serurier al punto, llevó á Napoleón la noticia de la extraña abdicación del rey Luis. Pero el mismo día de la llegada de este empleado á la capital de Francia, que era el 6 de julio, se había ya presentado á Napoleón, en cumplimiento de órdenes suyas, una memoria concerniente á motivar la incorporación de Holanda al imperio (1); de consiguiente había abrazado su partido antes de la abdicación de su hermano. Con todo, resuelto como estaba, Napoleón sintió en el instante de pasar del simple proyecto á la ejecución la gravedad del acto que se hallaba á punto de consumir. Y realmente,

(1) Esta memoria existe en los archivos del ministerio de Estado con fecha 6 de julio, día mismo en que Mr. de Caramán, portador de la noticia de la abdicación llegaba á París. Por tanto debía de estar ordenada y redactada antes que la abdicación de Luis fuera conocida; además una de sus frases demuestra ser anterior á la noticia de la abdicación de aquella Memoria, pues decía que *S. M. imperial estaba resuelto á llamar cerca de sí al príncipe que había tomado en el seno de su familia para darle á la Holanda*. Queda, pues, fuera de toda duda que, en virtud de lo que acontecía, Napoleón tenía determinado incorporar la Holanda á Francia antes de que se decidiera á abdicar su hermano. Realmente el hecho no tiene grande importancia; sin embargo conviene consignarle en obsequio de la verdad, que se debe de buscar ante todo en la historia, independientemente de las deducciones que se puedan sacar de ella. (N. del A.)

no bien celebró la paz con Viena y se enlazó con María Luisa, dirigió todas sus ideas hacia la paz y distribuyó sus fuerzas de modo de evacuar la Alemania y de tranquilizar á las potencias continentales: ¿se podía restituir la seguridad á la Europa alarmada, apoderándose en tres meses primero de Brabante y Zelanda y después de la Holanda toda, agregando así dos millones de almas al imperio, llevando sus fronteras del Escalda al Wahal, del Wahal al Ems? ¿No estallaba así nuevamente y de la manera más alarmante el espíritu de conquista tan echado en cara á la Francia? ¿Y no se mostraría más irreconciliable que nunca Inglaterra que tenía en sus manos la última y más apetecible paz, la de los mares, cuando hubiera que hacerla soportar, además de la anexión de Amberes y de Flesinga á la Francia, la de Helwoet, Sluys, Rotterdam, Amsterdam y del Helder? A Napoleón se le alcanzaban muy bien todas estas dificultades; pero estremeciéndose de gozo ante la idea de incorporar tales territorios, tales golfos, tales puertos á Francia, y sobre todo de cerrar al comercio británico tan anchas salidas; considerándose además absuelto de usurpación semejante por la situación forzada en que le ponía la abdicación de su hermano, ya no se detuvo, y determinó la incorporación al imperio. Noticioso de lo acaecido el 6 por la tarde, no se tomó más que dos días para restablecer las condiciones de la incorporación ésta y decretóla el 9 de julio de 1810.

Al público francés y europeo se dió por razón que, hallándose sin rey la Holanda, por la necesidad de librarla de los ingleses se veía Napoleón obligado á ponerla bajo la vigilante y vigorosa administración del imperio; que, incorporada así la Holanda, proporcionaría á la causa común fuerzas navales importantes y una vasta prolongación de costas vedadas al comercio británico muy rigurosamente. A los holandeses se dió en particular por razón que, situados entonces entre el mar cerrado por los ingleses y el continente cerrado por los franceses, se hubieran visto muy en breve expuestos á morir de miseria y condenados en todo caso á la impotencia bajo el peso de una deuda enorme; que por el contrario, reunidos al mayor imperio del mundo, tendrían, cuando menos, el continente abierto durante la guerra, y durante la paz, además del continente, el mar de igual modo; que su comercio se extendería más aún que en la época de su prosperidad más brillante; que su marina, á la sazón aniquilada, luego de reunida á la francesa vería renacer los tiempos gloriosos en que dirigida por Tromp y Ruyter, disputaba á la Gran Bretaña la dominación de los mares; que sus ciudadanos, siendo iguales á los de Francia, sentándose con iguales títulos en sus consejos, hallarían en una nueva y poderosa patria la compensación de la patria perdida.

Al tenor de estas razones, que eran especiosas y que el tiempo hubiera hecho verdaderas en parte, si hubiera durado aquel estado de cosas, Napoleón decretó con una sorprendente audacia de lenguaje «que Holanda quedaba reunida á la Francia.» Además decidió que Amsterdam figurara como la tercera ciudad del imperio, habiendo ya providenciado cuatro meses antes que Roma fuera la segunda. Estableció que Holanda tuviera de allí adelante seis miembros en el senado del imperio, seis miembros en el consejo de Estado, veinticinco en el cuerpo legislativo, dos consejeros en el